

ciencia ficción y fantasía

nueva dimensión

CINE
FANTASTICO
COMICS
EL CUBRI
WOOD
GRENOBLE
2º EUROCON

EL HUMOR
DE GAHAN
WILSON
PAGINAS
VERDES
Nº EXTRA DE
NAVIDAD

Revista española de ciencia ficción y fantasía, fundada por
Sebastián Martínez, Domingo Santos y Luis Vigil.

N.º Extra de Navidad.

**REVISTA DE CIEN-
CIA FICCIÓN Y FAN-
TASÍA**

A CARGO DE:
Sebastián Martínez
Domingo Santos
Luis Vigil

Director Periodista:
José M. Armen-
gou

Director Artístico:
Enrique Torres

Ilustradores:
Rafael Aura
José M.^a Beá
Ramón de la
Fuente
Carlos Giménez
Esteban Maroto
Xavier Musquera
Carlos Romeu
Adolfo Usero
Abellán

Colaboradores:
Sebastián Alonso
López
Dr. Alfonso Álva-
rez Villar
Luis-Eduardo Au-
te
Carlos Buiza
Carlo Frabetti
Alfonso Figueras
Antonio Martín

PORTADA DE

Enrique Torres

**FOTOGRAMAS DE CINE
DE**

La Organización del Festi-
val
Internacional de Cine Fan-
tástico
y de Terror de Sitges.

Jaime Rosal del
Castillo

Corresponsales:

Alemania Federal:
Mario B. Bosnyak

Argentina: An-
drés Balla y Héctor R.
Pessina

Estados Unidos:
Forrest J. Ackerman

Hungría: Peter
Kuczka

Japón: Takumi
Shibano

Polonia: Czeslaw
Chruszczewski

Rumanía: Ion Ho-
bana

Uruguay: Carlos
M. Federici

Diciembre 1974 /
Número 61

hoy

EDITORIAL

A LOS OCHO AÑOS...

CINE FANTÁSTICO

VII FESTIVAL DE CINE DE SITGES

XII FESTIVAL DE CINE DE TRIESTE

XVI SEMANA DE CINE DE BARCELONA

2.ª CONVENCIÓN EUROPEA DE SF

CITA EN GRENOBLE: EUROCON II

SE PIENSA

HAZAÑAS DE LA FAMILIA AZNAR

por E. Martínez Peñaranda

SE DICE

LIBROS, REVISTAS, COMIC,, CINE, TEATRO, FANZINES,, EXPOSICIONES, NOMBRES SF, PREMIOS, REUNIONES

SE ESCRIBE

LA OPINIÓN DE NUESTROS LECTORES

mañana

CUENTOS

SANTA CLAUS CONTRA

A.R.A.C.N.I.D.O.

por Harlan Ellison

LA «NUEVA COSA»:

EL ÚLTIMO HURRA DE LA

HORDA DORADA

por Normal Spinrad

POSTATÓMICO

por Michael Butterworth

PORTOFOLIOS

FLESH GARDEN

por Wallace Wood

EL HUMOR DE GAHAN

WILSON

UN 31 DE DICIEMBRE...

por El Cubri



EDITORIAL

A LOS OCHO AÑOS

Al entrar la revista en su octavo año, y pareciendo ya consolidada su posición (¡crucen los dedos, por favor!), lo lógico sería que nos marcásemos un editorial triunfalista, vanagloriándonos de nuestros sesenta números largos y hablando de los futuros planes de expansión de ND por el Imperio Galáctico.

Pero no, aquí estoy, frente a la máquina, dispuesto a largarles el habitual rollo apocalíptico.

¿Otra vez?

Pues sí, otra vez. Porque el fin del mundo, al menos del mundo tal como lo conocemos, está ahí, a la vuelta de la esquina.

Hace unos años, más o menos cuando nosotros empezábamos a planificar la aparición de ND, por el mundo occi-

dental y especialmente en los Estados Unidos (país a la cabeza del desarrollo y, por consiguiente, primero en encontrarse con los problemas derivados del mismo), comenzaron a sonar unas voces que clamaban contra lo que se empezó a llamar la civilización del despilfarro y la muerte.

Y empezó a oírse una nueva palabra, correspondiente a una ciencia entonces bastante esotérica: la Ecología.

Los ecólogos, especie de profetas que afirmaban la proximidad de un nuevo milenario (al estilo del pánico finmundista del año mil), nos decían que nos quedaban unos veinte años para intentar hallar soluciones a toda una serie de problemas: la polución, la bomba demográfica, la crisis de alimentos, la escasez de materias primas, el fin de algunos productos esenciales para la civilización tal como estaba montada.

De esos veinte años ya han pasado casi la mitad. Y, ¿qué es lo que se ha hecho?

Nada.

¡Oh, sí! Se han escrito muchos libros, muchos editoriales indignados como este e incluso la ONU ha convocado un par de conferencias para tratar de estos problemas.

¡Nada!

Y las gentes siguen pariendo, y cada vez hay menos alimentos, y cada día hay más polución, y nos quedamos sin bosques, y el aire cada vez es más irrespirable en las ciudades, y disminuye la calidad de la vida, y cada día nos enteramos de que nos acosa un nuevo cancerígeno, y que cada vez nacen más niños tarados, física y mentalmente, y...

El fin se acerca, si es que no estamos ya en él.

Pues lo más probable es que ya se haya pasado del punto de no retorno para algunos de estos problemas, y que sea imposible solucionar algunos de los atentados que hemos cometido contra la madre Natura.

Así que ya saben, quizá estemos viviendo en la cúspide del desarrollo humano. Tal vez lo único que le quede a la Humanidad, a partir de esta «era de la prosperidad», sea el

descenso hacia cotas cada vez más bajas, tendiendo hacia su extinción como ser «industrializado».

Sí, claro, ya sé lo que me dirá alguno: inventaremos algo. Debemos confiar en nuestra tecnología (hay que mantener el círculo vicioso hasta el fin).

Pues vaya confiando, amigo... también nuestros antepasados, en épocas de peste, confiaban en un milagro del santo local. Y así les iba...

Y si alguno me reprocha esta postura fatalista le daré toda la razón. Que más quisiera yo que la gente hubiera dado muestras de ser un poco racional y haber tratado de arreglar las cosas. Vaya usted y trate de protestar contra la instalación de centrales nucleares. Luego, escríbame contando hasta donde ha llegado...

¡Ah!... se me olvidaba: Feliz Año Nuevo.



SANTA CLAUS CONTA A.R.A.C.N.I.D.O.

HARLAN ELLISON

Harlan Ellison es un gigante entre los hombres en todo lo que se refiere a valor, tenacidad, locuacidad, inteligencia, encanto... un verdadero gigante excepto en estatura (lo mismo que Napoleón, aunque Ellison mide nueve centímetros más que el Emperador). Además de todas estas cualidades, Ellison es un excelente escritor (ganador de varios Hugo y Nebula), según pudieron comprobar en ND 29. Aquí tienen ocasión de disfrutar una vez más con uno de sus relatos.

1

Ya había pasado la mitad de setiembre cuando sonó el teléfono rojo. Kris se apartó de la cálida y flexible forma contra la que había estado pegado, barriga contra espalda, y se frotó con una mano los soñolientos ojos. El teléfono sonó de nuevo. No podía ver la hora en la esfera luminosa de su reloj de muñeca.

—¿Qué pasa, cariño? —murmuró la rubia junto a él. El teléfono sonó una tercera vez.

—Nada, nena... Vuélvete a dormir —la tranquilizó. Ella se hundió bajo las mantas mientras él tomaba el auricular, descolgándolo en medio de la cuarta llamada—. ¿Ajá?

Su boca sabía a infiernos.

La voz al otro extremo dijo:

—El rey de Caná necesita de sus servicios.

Kris se sentó.

—Espera un momento. Iré al supletorio —apretó el botón que pasaba la llamada al supletorio, colgó mientras salía de la cama y, desnudo, atravesó a oscuras el inmenso dormitorio. Tanteó su camino a través del recibidor hasta llegar a la oficina, guiado únicamente por ligeros toques en las paredes. Apartó la placa de bronce conmemorativa, regalo de los enanitos, giró la combinación de la caja fuerte, y la abrió. En la abertura circular se hallaba el teléfono rojo con su complejo mecanismo codificador.

Marcó un código en el codificador, alzó el auricular y dijo:

—El rey teme al demonio, y el demonio teme a la cruz —santo y seña.

—Kris, es A.R.A.C.N.I.D.O. —dijo la voz al otro extremo.

—¡Mierda! —masculló—. ¿Dónde?

—En los Estados Unidos: Alabama, California, el Distrito del Capitolio, Tejas...

—¿Es serio?

—Lo bastante como para despertarte.

—Conforme, conforme. Lo siento. Aún estoy medio dormido. ¿Cuánto tiempo he estado dormido?

—Estamos a mediados de setiembre.

Kris se pasó una mano por su espeso cabello.

—¿No había nadie más que se pudiera hacer cargo?

—Ombligo se estaba ocupando de ello.

—Ajá... ¿Y...?

—Lo hallaron flotando junto a la costa de Galveston. Debía llevar en el golfo cerca de una semana. Le habían colocado cargas de plástico en el interior de los muslos...

—De acuerdo, no lo describas. Ya me irrita bastante el que me hayas despertado violentamente. ¿Hay dossier del caso?

—Te está esperando en la Cumbre.

—Llegaré ahí dentro de seis horas.

Colgó el auricular, cerró de un portazo la caja fuerte y giró la combinación. Volvió a poner la placa en su sitio de la pared y se quedó apoyado con el puño sobre el bronce. La débil luz de un fluorescente, dejado encendido sobre una de las mesas de dibujo de los enanitos, iluminaba sus facciones en tensión. Las duras y serias líneas de su rostro eran el trabajo de un Giacometti. Los ojos eran de color azul metálico y apagados, como ciegos. La boca, algo cruel, estaba comprimida en una línea. Inspiró profundamente, y su musculoso cuerpo se irguió decididamente.

Luego, inclinándose sobre sus escritorio, abrió un cajón y llamó tres veces, secamente, apretando el botón oculto en la parte inferior del cajón. Allá abajo, en el laberinto, Po-

Po estaría emergiendo de su capullo, colocándose el taparrabos y los pendientes, marcando el código que llenase la cámara de salida de agua.

—Paz en la Tierra... —murmuró Kris, regresando al dormitorio a por su traje de inmersión.

2

PoPo esperaba en la cueva, junto a una estantería en la que se hallaban las botellas de aire. Kris hizo una señal al enano y se volvió de espaldas. PoPo le ayudó a colocarse el atalaje y, cuando Kris se hubo puesto la boquilla, ajustó la mezcla de aire.

—¿Keeble keeble? —inquirió PoPo.

—Parece que sí —replicó Kris. Deseaba salir cuanto antes.

—Dill-dill nea peemee —dijo PoPo.

—Gracias. La necesitaré —se dirigió rápidamente a la cámara de salida, que había sido llenada y vaciada. Destrabó la rueda y abrió la poterna. Unos pequeños regueros de agua ártica cayeron al suelo de basalto. Se volvió—. Mantén la fábrica de juguetes a pleno funcionamiento. Y estudia ese problema de la cadena 9 con CorLo. Volveré a tiempo para las fiestas —pasó una pierna sobre el repecho, luego se volvió y añadió—. Si todo va bien.

—Weeble zexfunt —comentó PoPo.

—Ajá, y que tampoco te regalen juguetes bélicos a ti —entró al interior de la cámara de salida, giró con fuerza la rueda para trabarla y señaló a través del portillo de lucita. PoPo llenó la cámara, y Kris se lanzó fuera.

El agua era negra y estaba bajo cero. La luz de aparcamiento del submarino era su único consuelo. Llegó rápidamente al pez de acero y, a los pocos minutos, estaba ya en camino. Una vez hubo pasado el extremo exterior de la ma-

sa de hielo flotante, salió a la superficie, se transformó en vehículo aéreo, expulsó el agua de los tanques de los pontones y corrió por la superficie para despegar. En el aire, alcanzó la velocidad de pulsoreacción y se transformó de nuevo.

A quinientos kilómetros tras de él, en algún punto bajo el Océano Ártico, PoPo estaba sacando a CorLo de su capullo y armándole un escándalo de mil diablos por poner tuercas europeas en todos los patines de ruedas, haciendo que, por consiguiente, no sirvieran las llaves de ajuste americanas.

3

Cumbre estaba en el interior de una montaña en Colorado. La cima de la montaña se abrió, dejando que el aparato de despegue vertical de Kris (el submarino, en su tercera transformación) descendiese hasta la pista de aterrizaje. El jefe de tareas estaba esperándole con el dossier. Kris lo hojeó rápidamente: tenía memoria eidética.

—De nuevo A.R.A.C.N.I.D.O. —dijo suavemente. Luego, con tono inquisitivo—: Significa

Asociación para el
Robo o
Aniquilación
Controlados de la
Naturaleza e
Industria
De todo el
Orbe

¿no es así?

El jefe de tareas negó con la cabeza. Kris hizo mmm.

—Bueno, ¿qué es lo que intentan hacer esta vez? Creí que los habíamos eliminado tras el asunto de los ántrax en

el Valle de los Vientos.

El jefe de tareas se balanceó sobre su silla de plástico. Los globos oculares multifacetados de alrededor de la habitación, recibieron destellos de luz de la silla y los desparrramaron por las paredes en un sutil espectáculo lumínico.

—Ya lo ha leído ahí. Se han apoderado de las mentes de esos ocho. Lo que intentan hacer, usándolos como títeres, no tenemos ni idea.

Kris leyó de nuevo la lista:

—Reagan, Johnson, Nixon, Humphrey, Daley, Wallace, Maddox y... ¿quién es este último, Spiro Agnew?

—No tiene importancia. Habitualmente podemos evitar que se metan en problemas o que se hagan daño ellos mismos; pero desde que A.R.A.C.N.I.D.O. los capturó, han estado haciendo locuras.

—Nunca he oído hablar de la mayor parte de ellos.

—¿Y cómo infiernos iba a haber oído, si está allá arriba, haciendo juguetes?

—Es el mejor disfraz que jamás he tenido.

—Entonces no proteste por no ver jamás un periódico. Acepte mi palabra: esta gente es importante en esta temporada.

—¿Qué le pasó a aquel cómo se llamaba... Willkie?

—No logró nada provechoso.

—Ese A.R.A.C.N.I.D.O. —dijo Kris de nuevo— ¿querrá decir

Agencia

Represiva

Armada

Cuyos fines

Nefastos

Incluyen la

Destrucción

Omnímoda?

El jefe de tareas agitó la cabeza de nuevo, algo cansinamente.

Kris se alzó y estrechó la mano del jefe de tareas.

—Según el dossier, creo que el mejor punto para empezar con esto será Daley en Chicago.

El jefe de tareas asintió con la cabeza:

—Eso es lo que también dijo el COMPUToráculo. Lo mejor será que baje y vea al Armero antes de partir. Ha empollado una cuantas sorpresas para usted.

—¿Tendré que trabajar de nuevo en ese estúpido uniforme rojo?

—Probablemente lo lleve como repuesto. Es un poco pronto para el uniforme rojo.

—¿Sí?

—Sí, solo estamos a mediados de setiembre.

4

Cuando Kris salió del tubo de caída, los ojos de la señorita Siete-Diecisiete se dilataron. Se acercó a ella, con aquel paso tan suave y musculoso que lo distinguía del resto de los agentes.

La mayor parte de ellos no eran sino rechonchos oficinistas; ¿dónde había adquirido la idea de que el espionaje era un trabajo muy adecuado para bellos adonis? Seguramente de la inacabable serie de malas novelas de espionaje que llenaban los quioscos; qué desilusión cuando había descubierto que el retorcer el nervio trigémino para causar un dolor insoportable, o el dominar a un enemigo ahuecando ambas manos y golpeando simultáneamente sus dos orejas eran tácticas que podían ser tan fácilmente empleadas por hombres parecidos a alcas como por ganadores del concurso del Señor América. Igualmente, eran unas tácticas que servían lo mismo cuando se empleaban sobre montones de arcilla o estatuas de Rodin.

Pero Kris...